





Esa dulce sonrisa que te dejan los gusanos

Diseño y maquetación: Ediciones Amargord
Dirección de la colección: Hnos. Libbera
Fotografía del autor: Dani Oceans

© Bolombolo, s.l.
Apto. 48
28770 Colmenar Viejo (Madrid)
©De los textos, Alberto García-Teresa

info@amargordediciones.com
www.amargordediciones.es/.com
ISBN: 978-84-
Depósito Legal: M--2013

© Todos los derechos reservados
1ª Edición: Madrid 2013

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor.

Alberto García-Teresa

Esa dulce sonrisa que te dejan los gusanos





Esa dulce sonrisa que te dejan los gusanos
Alberto García-Teresa





Fotografía: Dani Oceans

ALBERTO GARCÍA-TERESA (Madrid, 1980) es doctor en Filología Hispánica con una investigación que, ampliada, se ha publicado como *Poesía de la conciencia crítica* (1987-2011) (Tierradenadie, 2013). Ha sido coordinador de la revista de crítica sobre ficción especulativa *Hélice*, codirector de *Jabberwock* y redactor jefe de *Solaris*. Escribe y ha escrito crítica literaria y teatral en diferentes medios, como los periódicos *Diagonal*—en el cual ha coordinado la sección de «Libros»— y *cnt*, las revistas *El Viejo Topo*, *Viento Sur*, *Gigamesh*, *Prótesis*, *Solaris*, *2001*, las revistas digitales *Culturamas*—donde ha dirigido los contenidos de poesía— *Artes Hoy*, *Castilla*, *Estudios de literatura*, *Espéculo*, *Ariadna-RC*, *La República Cultural*, *Rebelión*, *Bibliópolis* o *Prospectiva*, entre otros. Es coantólogo de recopilaciones de poesía (*In Absentia*) y de relatos fantásticos y de terror (*Paura, Paura vol. 2* y *Fabricantes de sueños* 2004) y, de manera individual, de *Cortocircuitos: Antología de microrrelatos efímeros*.

Es autor de los poemarios *Hay que comerse el mundo a dentelladas* (Baile del Sol, 2008), *Oxígeno en lata* (Baile del Sol, 2010), *Peripecias de la Brigada Poética en el reino de los autómatas* (Umbrales, 2012) y *Abrazando vértebras* (Baile del Sol, 2013), así como de la plaqueta *Las increíbles y suburbanas aventuras de la Brigada Poética* (Umbrales, 2008), Premio Ignotus a la mejor obra poética de contenido fantástico editada en 2008, de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror.

Sus poemas han sido traducidos al inglés, al francés, al serbio, al macedonio y al rumano. Ha sido recogido en diversas revistas, antologías de poesía y de relatos de Europa y América.

Ha coordinado diferentes ciclos de poesía para *Traficantes de Sueños* y *La Marabunta*, en Madrid, y *La Libre de Barrio*, en Leganés.



A Cris. Todo. Siempre.

*A Santiago Eximeno, maestro,
que desde lo efímero me impulsó a nadar en estas aguas.*

AMORCADOS

Se pasó media infancia ahorcando las muñecas de su hermana. Adoraba ver su cara de espanto cuando la niña entraba en su habitación y las encontraba colgando del techo. Ella le odiaba, pero él aullaba de placer, embriagado de poder.

De adulto, ahora cada mañana él se levanta con un que-mazón palpitante en el cuello.

Puede que, lejos, alguien esté jugando nuevamente con muñecos.

ENTRE PESTAÑAS

Todos duermen en el vagón de Metro.

El zarandeo del vehículo acuna sus resoplidos. Al llegar a cada estación, como al salir de un trance hipnótico, algunos pasajeros despiertan, y se apean apresurados. Otros se internan en él, casi como quien se sumerge en un baño de agua caliente con especias; relajándose, suspirando, desabrochándose con deleite el cuello de la camisa. Y, a los pocos segundos, bien en su asiento o aferrados a una barra, como el bebé que rodea dichoso el dedo de su madre, tras un par escueto de cabezadas, el sopor les vence... y duermen.

Nadie sabe qué ocurre en el trayecto, qué transcurre en aquellos oscuros túneles, engullidos por lombrices eléctricas.

Y cuando un pasajero despierta, incómodo en su sueño, porque allí se le ha cruzado su jefe o la hipoteca, sólo puede llegar a atisbar pequeñas esferas mecánicas suspendidas sobre las cabezas. Unas diminutas máquinas que, como una nebulosa brillante, pausadamente, a través de finos alambres, chupan el tiempo a sus víctimas; las convierten en marionetas del vaivén del reloj, de la jornada, del calendario. Y, cuando llega a posar sus ojos en ellas, se evaporan entre ligeros chasquidos, con un leve olor a imprenta, y no le queda más que la sensación vaga de un vacío incómodo, de una legaña de pesadilla. Se levanta, mira la hora, aprieta su cartera, prosigue el viaje.

ARAÑAZOS

Oigo arañazos entre los muros de la pared.

Qué extraño.

Pero acabo de recordar que no le di la pastilla de la mañana a mi marido.

REGRESIÓN

El ruido del camión de la basura no podía amortiguar la monótona cantinela del serrucho atravesando la carne y los huesos.

Inmerso en su tarea, se embelesaba contemplando la libertad que adquirirían los elementos al descuartizarlos, al desparramarse, descomprimidos, sobre la mesa.

Ya había forrado por completo las paredes de las habitaciones, y también los muebles. De hecho, estaba a punto de terminar de encuadernar todos los volúmenes de su biblioteca. Y aún le sobraban los cadáveres de cinco personas.

De esta manera, rodeado por completo de carne, vísceras y huesos, aspiraba a sentirse protegido, en calma; igual que dentro del útero materno.

LA HERIDA

La herida de su brazo crecía día tras día, como una grieta en su piel. Al principio, acudió asustado al hospital, pero nadie supo darle una respuesta ni tampoco detener el proceso.

Transcurridos unos días, en los que la herida se había abierto varios centímetros más, mientras jugueteaba con varias monedas, en un tropiezo, una de ellas se coló dentro de la abertura. Atónito, comprobó que no había sentido ningún dolor, y también que pudo extraerla sin molestias.

Probó a continuación con otros pequeños objetos, y observó que no existía ninguna complicación. Prosiguió entonces con elementos más grandes, y, de esta manera, descubrió que parecía que no tenía fondo su brazo y que sólo le bastaba introducir sus dedos para recuperar todo aquello que insertaba.

De esta manera, llegó a guardar a través de la herida una caja de cerillas, un reloj de cuerda, los dos volúmenes de las obras completas de Nicanor Parra y hasta a su gato persa.

Ayer, metió su pie izquierdo. Esta tarde, ansioso, introducirá su cabeza.

EN EL SÓTANO

Camina algo aletargado por el sótano de la vieja fundición, un antiguo edificio anterior a la guerra ubicado en un apartado polígono industrial. Revisa turbinas, calderas, pistones y válvulas. Apila tubos, tuercas y estructuras oxidadas. De repente, tras abrir una puerta chirriante que da a un minúsculo habitáculo, se topa con un cuerpo tumbado en el suelo.

—¿De qué te sorprendes? —le dice sin levantarse de las baldosas— ¿Acaso te creías que eras el único que había muerto aquí?

PINTURAS

Aquel desconchado muro nunca dejó de tener color. Cuando transcurrían las semanas y los dibujos perdían nitidez o se descascarillaba la pintura, entonces regresaba ese grupo de jóvenes estafalarios y volvían a decorarlo por completo con nuevas imágenes.

Los niños de la barriada se sentaban en silencio a contemplar a los pintores frente a ellos.

De vez en cuando, algún adulto pasaba por delante y meneaba la cabeza. Se preguntaba si los artistas sabían que todos aquellos chicos eran ciegos.

Pero ellos pintaban y repintaban el muro precisamente por eso.

CHIMENEAS

Se acerca el momento y todos están aterrados. Corren de un lado para otro de la fábrica con un monótono nerviosismo, como si se hubieran convertido en muñecos a cuerda. Se empujan, se pisan las blancas barbas, estrellan sus orondas barrigas entre sí. Tratan de esconderse entre las cintas transportadoras de la cadena de montaje, de aplastarse bajo las hileras de uniformes que parecen espejos encarnados.

Quieren alejarse de aquella oscura y delgada chimenea que, anclada en el centro del edificio, se pierde en las alturas, más allá de la cúpula del recinto, dejando casi que los témpanos de hielo atraviesen sus anillos de ladrillos, y sin descanso repite cíclicamente su ritual.

Entonces, como una gigantesca aspiradora, les succiona con una potencia ardiente; absorbe con gran violencia el aire y los devora uno a uno a través de su tétrico túnel. Todos los años, igual. Todos los años, vuelve a resonar el eco de los pistones.

Sólo unos pocos consiguen salvarse. Esos mismos que inventan fábulas sobre tres nobles de Oriente, con la ilusión de que dejen de prestarles atención allá fuera, y puedan parar las máquinas, y vivir por fin en paz en su húmeda fábrica.

PIERNAS

Me provocas cuando te acaricias las piernas ostentosamente, cuando dejas que tus manos recorran tus muslos y tus gemelos, dices, para comprobar la tersura de las medias. Cuando flexionas jugueteando las rodillas lentamente, o estampas lascivamente tus pies contra mi pecho; cuando las estiras proyectándolas hacia el infinito.

No lo resisto más.

Por eso te las voy a cercenar, para que no continúes haciéndome sentir diferente.

HISTORIA EN LA GUERRA CIVIL

Tratando de anular el tiempo, se escondió en el gran reloj del campanario. Entre disparos perdidos y gritos insomnes, agarrotaba los dedos sobre las tuercas de la maquinaria. A pesar de la acechante locura y del hambre, consiguió obstruir el mecanismo y el gran reloj se paró. Pero esa brusca salida de la barbarie fue su perdición: mientras sonaban redobles marciales, los recién llegados se apresuraron en repararlo. Y el hombre aún tenía cuentas pendientes con el relojero.

FLIRTEO

El traumatólogo y el forense mantienen un particular flirteo.

A pesar de aquel singular abrazo que supuestamente zanjó el rechazo del forense, el traumatólogo, consciente de la fuerza de sus sentimientos, no desiste.

Ahora, en cada operación introduce, en el interior de los tuétanos intervenidos, breves versos que, con el tiempo, llegarán a las manos del forense. Cada paciente se convierte, de este modo, en una auténtica declaración de amor.

MÚSICA

Con la certeza de que la música amansa las fieras, buscaron al músico más virtuoso, delicado y conmovedor y le colocaron delante de la horda de zombis que llegaban a la ciudad.

Lo único que consiguió apaciguar fue su hambre.

Para Alberto Sesmero

EXPIACIÓN

Desolado ante la responsabilidad del ser humano en la destrucción de los ecosistemas, en la propagación de la muerte, decidió ceder su cuerpo a la cadena natural de la vida. De esta forma, viajó a la selva y, desnudo, dejó que, durante horas, miles de mosquitos se alimentaran de su sangre. Soportando las ardientes picaduras, aguantó varios días sin moverse del lugar hasta que se derrumbó.

Varios periodistas se interesaron, a su regreso, por el caso. Se le erigió, entonces, en uno de los modelos éticos contemporáneos, en una referencia de conducta en estos tiempos sombríos, de comunión y compensación con la naturaleza que nuestra acción depredadora arrasa. Se le llegó a proponer, incluso, para el Nobel de la Paz. De hecho, comenzaron a proliferar sus imitadores.

Hoy en día, posee una gran empresa que organiza viajes hasta su moderno complejo hotelero de la selva, que incluye campo de golf para relajarse tras la donación y su propia red de charcas artificiales cementadas para garantizar la proliferación de mosquitos.

BASURERO EN BAGDAD

Los niños, que ahora juegan a corsarios cojos y piratas mancos, han encontrado entre la metralla una caja de música. Este rescoldo de vida es el tesoro que buscaban en su mapa.

TERAPIA

Juzgó que, para poder superar su manía persecutoria, debería exponerse continuamente a la mirada de los demás, hasta que su nivel de ansiedad se redujese y entendiera que no era él el observado.

De esta manera, colocó cientos de frascos con ojos en formol en las paredes de su apartamento, rodeándolo permanentemente.

Por eso, señoría, mi defendido no se trata de un asesino, si no, tan sólo, de una víctima de la automedicación.

Para Lola Portillo

AL FINAL DE LA ESCALERA

Oímos gritos muchas noches que provienen del final de la escalera. Los aullidos de dolor resquebrajan el aliento escarchado de la madrugada, y un olor nauseabundo y una estrepitosa melodía de chasquidos secos arropan nuestros sueños.

Otros vecinos están muy asustados, y quieren llamar a la policía.

Yo no. Yo sólo continúo afilando mis garras hasta que sea mi turno.

EL ESPEJO

Alguien la observa desde el espejo. Se asoma desde una esquina, lanza una mirada penetrante y se escabulle rápidamente.

Ella lo percibe, pero nunca lo alcanza a ver.

Cuando entra en la habitación y acciona el interruptor de la luz, aprecia un leve rumor en el espejo, como las ondas producidas por una pequeña piedra al caer en el agua estancada. Pero aún no ha podido encontrar nada. De hecho, por las noches, en la duermevela, antes de deslizarse en los sueños, un escalofrío recorre su cuerpo, y sabe entonces con certeza que alguien la observa desde el espejo; que alguien la observa.

VELATORIO

Cuando salieron aquellas tres intensas amapolas del cuerpo de la muerta, hieráticas sobre el ataúd, el esposo corrió enfurecido a la capilla e increpó a Dios severamente por usar a su mujer como macetero.

LA CANTANTE

Mientras otros niños jugaban al balón, a la comba, a perseguir gatos, ella se marchaba al cementerio a cantar delante de las tumbas.

Mientras otros adultos vaciaban sus días en la oficina, competían por el mejor césped o almacenaban deudas, ella pasaba las horas entonando melodías entre los sepulcros.

Y, mientras otros ancianos morían, ella continuaba canturreando. Y ellos, sus compañeros de aula pero no de juegos, sus compañeros de fábrica pero no de comidilla, sus compañeros de residencia pero no de patio, entonces, por fin podían responderla.

DESEOS

No dejes nunca de mirarme, amor, no dejes nunca de sonreírme.

Tus ojos azules me hacen sentirme protegida. Logran que me valore y que crea en mis ideas. El arco de tus labios, cariño, me aporta la lucidez necesaria para saberme fuerte, segura, dispuesta y capaz de salvar todos los obstáculos y encontrar el medio para cumplir mis deseos.

No dejes nunca de sonreírme, cielo, no dejes nunca de mirarme.

Ahora, con esos tajos en los pómulos y sin estos párpados, podrás conseguirlo.

EL AGUJERO

De este agujero nada más que brotan buenos pensamientos. Debo taponarlo como sea.

Con escayola o cemento no sirve, pues continúan surgiendo. Entre el corcho y la espuma se escapan por sus porosidades. Tampoco ladrillos, piedras, maderas o cristales lo impiden.

Quizá con un cuerpo de militares especializados, un centenar de vuelos secretos y un buen manual de torturas se silencie.

CAMINANTES

Caminaron sedientos, solos, durante largas noches de desierto. Sufrieron tormentas sin cobijo, heladas sin resguardo. La muerte se les había adosado a los pies y marchaba con ellos, paciente y amenazadora.

Por fin, llegaron a las verjas de la ciudad. Atravesaron sus anchas avenidas, sus estruendosas autopistas. Atolondraron sus oídos los asfixiantes anuncios de neón, las ásperas vallas publicitarias, los idénticos ladrillos de las calles.

No encontraron a nadie.

Continuaron caminando.

FAMILIA

Nos mantiene sucios y hacinados en una pequeña habitación. Sólo nos relata cuentos antes de dormir si son en verdad pesadillas. Almacena la basura junto a nuestros colchones, y nos viste con sus ropas viejas y maloslientes. Nos da de comer sus sobras, y nosotros tenemos que pelearnos por ellas, pues nunca hay para todos. Pero hemos descubierto cómo podemos saciar nuestra hambre.

Solamente necesitamos que una noche más regrese alcoholizado a casa, duerma derrumbado en el sillón, y que alcancemos al cajón de los cuchillos de la cocina.

RESPECTO

Nadie me respetaba. De niño, otros chicos me insultaban y nunca me dejaban jugar con ellos. Siendo adolescente, me gastaban bromas pesadas y las muchachas me rehuían.

Hoy en día, preparo a los muertos para los funerales; los aseo, los visto y los perfumo. Y también me reservo la posibilidad de sustraer pequeñas partes de sus cuerpos sin que ningún familiar las eche en falta, y acumularlas en mis baúles.

Siento ahora que yo ejerzo el control, que algún día acudirán sus fantasmas reclamándome sus lenguas, sus ojos, sus dedos de los pies; y que yo entonces decidiré cuánto dolor me queda por saldar en esta vida.

METAMORFOSIS

Aquella mañana, descubrió un plumón en su pecho. Asustado, comprobó que prefería alpiste con la leche que las magdalenas habituales. Mientras fregaba, vio cómo sus silbidos habían mejorado ostensiblemente. Ante la nevera, se descubrió acariciando con mimo los huevos refrigerados. Desesperado, abrió el balcón de la terraza y se lanzó impetuoso al vacío en su primer vuelo.

EL COLECCIONISTA

El doctor, después de salir absuelto de una acusación de tráfico de órganos, volvió a trabajar en el hospital. Algunos meses más tarde, inició una extraña afición. Comenzó a coleccionar huesos de sus pacientes. Así, fue acumulando fémures de anómalas singularidades, cúbitos y radios extrañamente fracturados y una larga serie de vértebras perfectas. Los tomaba en los momentos más inesperados, cuando todo el personal de planta se hallaba en otras ocupaciones. En silencio, el doctor escamoteaba, mientras tarareaba una nana, las radiografías y las guardaba con mimo en su estrecho apartamento.

HUYENDO

Salió de la ciudad de madrugada, dejando tras de sí familia, amigos y una prometedora carrera como titiritero ambulante. Montó su caballo enloquecidamente, día y noche, bajo el sol y la lluvia. Pasaron centenares de lunas, y cabalgó y cabalgó hasta abandonarlo exhausto; y aun así continuó cabalgando. Cuando llegó al fin del mundo, resopló, echó la vista atrás y comprobó horrorizado que, después de todo, su sombra aún le seguía.

CONOCIMIENTO

Sé que tú puedes hablar con los muertos.
Lo que desconoces es que yo no puedo hacerlo con los vivos.

MEMORIA

Decían que podía memorizar el dibujo de las rayas de una cebra y, a continuación, pintarlo.

Decían que lograba retener la figura de una huella dactilar y ofrecer luego una copia exacta.

Decían que sabía recordar con exactitud la posición de todas las estrellas en el cielo en cada momento preciso y plasmarla, semanas más tarde, en un papel.

Y decían también que nunca fue capaz de reproducir un abrazo.

Para las gentes del Ytu

LA ESPERA

—No volverán —decían—. Sabes que no volverán.
Pero ella continuaba aguardando cada mañana.
—No regresarán —decían—. Sabes que no regresarán.
Pero ella permanecía de pie, frente al muro destrozado
y los escombros del viejo reactor nuclear, esperando el
retorno de esos dioses de fuego y locura que le abrieron
las puertas entonces de una analgésica realidad.

EL TEMPLO DE LOS RELOJES

En el templo de los relojes se almacenan miles de ejemplares de todo tipo, de las más sorprendentes formas, provenientes de todos los rincones del mundo. Los modelos se encuentran expuestos, perfectamente abrillantados y engrasados, a lo largo de innumerables galerías. Sin embargo, todos están detenidos.

Sus cuidadores, miembros de una extraña secta políglota, vigilan cuidadosamente que ningún reloj concuerde, que los 86.400 aparatos marquen una hora diferente. Temen el momento en el que el Gran Relojero aparezca y, con su toque divino, logre que todas las agujas apunten al mismo instante; instante que será, dicen, el anuncio del Apocalipsis.

EL ROBOT

Una vez instalada la última pieza y conectadas sus baterías, el robot despertó y se levantó. Contempló desde el enorme ventanal del laboratorio la ciudad y a sus gentes, y, ante la conciencia de que su misión era ayudar a sus habitantes, comenzó a arrancarse los cables de su cabeza y a destripar y machacar los circuitos de su pecho. En ese momento ya sí podría ser de utilidad a los humanos.

CAFÉ

Todas las tardes les sirvo el café en la salita a mis fantasmas. La abuela lo quiere cortado, la tía Eva con un chorrito de coñac y tu hermano, como sabes, con mucho azúcar. Les pongo al día de los sucesos de la política y ellos me aconsejan sobre el negocio. De hecho, me fueron muy útiles cuando tuve que decidir el cierre del viejo matadero.

Conoces el estado de mi salud. La enfermedad me carcome, y soy consciente de que dispongo de poco tiempo de vida.

Sólo te pido entonces que limpies bien la casa, que cuides del jardín con mimo, que no se desordene mi biblioteca. Y que el mío tenga la leche bien caliente.

EL CUENTACUENTOS

Aquel fabulador, evocador cuentacuentos, era también un gran trotamundos. Así se había dado cuenta, después de un centenar de intensos viajes, de que cada persona es una historia; que cada ser humano es un relato andante. Pero no fue sino tras una peripecia en el África negra cuando inició su más singular afición. Ahora, su enorme casona está repleta de frascos; frascos con hombres en formol, debidamente reducidos y etiquetados, que destapa en cada una de sus narraciones orales.

ACAMPADA

Este lugar apesta. Todo comenzó con un oxigenante paseo por el bosque. Nos detuvimos a descansar en este diáfano prado. Ana descubrió entonces varios morales entre la hierba. Extrañados, apreciamos que había decenas de ellos. Hemos continuado explorando y hemos encontrado unas grandes rocas gastadas. Ahora, no sé si es por este hediondo olor, que me asfixia los pulmones y me oprime la cabeza, pero me parece que me estoy mareando, porque creo que esas piedras están acercándose y el suelo no deja de moverse.

LA HABILIDAD

Era una amante fervorosa de las sombras chinescas. Sus manos eran capaces de reproducir casi cualquier forma y, en sus espectáculos, adaptaba novelas completas y todo tipo de mitos a su técnica. El resultado era asombroso, e incluso grandes empresarios la contrataban para sus fiestas privadas.

Sin embargo, una noche, durante un ensayo, comprendió la terrible naturaleza de su habilidad. Para su espanto, comprobó que eran las sombras las que manejaban sus manos. Flexionaban sus dedos hasta que se amoldaban a su figura; hasta que la realidad se convertía en un perfecto reflejo de ellas.

EXPERIMENTO

Verá, el doctor Mengele sostiene que, si las lagartijas tienen la capacidad de que su rabo, una vez cercenado, continúe retorciéndose, cómo no va a ser capaz un mamífero superior de proceder de igual manera ante la amputación de sus piernas. Y en eso estamos. Gracias por su desinteresada colaboración con la ciencia, número 217659.

EL PINTOR

No se le volvió a ver después de su última obra.

Nunca más se lo encontraron en los acantilados, tocando la flauta al Sol naciente. Nunca más anotando estrellas en las hojas de los árboles del parque. De hecho, no llegó a terminar ese cuadro final; permanece inacabado. Se trata de un autorretrato, y tan sólo resta pintar la pupila de uno de los ojos.

Su técnica era decididamente sombría. Parecía que escogía los colores entre la gama que se esconden en los recodos de las noches, detrás de las casas, debajo de las almohadas.

Con todo, corría el rumor de que el extremado realismo de sus óleos se debía a que sabía atrapar el alma de sus retratados. Algunos decían que estos, de hecho, espantados por la inquietante realidad, huían cuando todos dormían, y por eso ninguno de sus modelos ha regresado nunca al lugar.

DESTINO

Aquella cuerda, que sujetó su primer columpio casero, fue la misma con la que en el parque conoció a su futura esposa, al prestársela para jugar a la comba; la misma con la que enlazó los muebles en la mudanza al inaugurar su casa; la misma con la que él la golpeaba; la misma con la cual él ataba a sus hijas; la misma que, en definitiva, rodea ahora su cuello.

AI SLADO

¿Cómo poder caminar entre la gente? ¿Cómo poder mirarla a la cara, si cuando la observo percibo solamente la degradación de su carne, la huella que provoca la putrefacción abriéndose paso entre los cosméticos? Pero, aun así, ¿cómo soportarlo cuando puedo leer en esos rasgos el tiempo que le queda de vida? ¿Sería alguien capaz de mantener una conversación con una persona de la que sólo él conoce que restan meses, días, horas para su muerte?

Por eso soy un vagabundo que vive aislado en este parque, alejado de la gente, huyendo de los espejos y del agua, donde uno puede reflejarse.

ESCAPARATE

Se muestran en el escaparate, tras los cristales relucientes, los últimos modelos de amputaciones; las más arriesgadas, los muñones más creativos.

La gente se agolpa con codicia frente a los expositores, y señalan y comentan con una pizca de picardía los modelos.

Un larga hilera de personas espera en la puerta de la tienda, y brillan sus ojos cuando se cuela entre el murmullo algún grito de dolor que surge del interior del establecimiento.

Momentos después, cuando sale alguien con un muñón recubierto de vendas ensangrentadas por brazo, con una sonrisa temblorosa, le abren el paso en un pasillo y pronto comienzan a oírse chiflidos y piropos.

UNA VIDA

Antonia no se creyó su vida, su trabajo precario, con su sueldo de mierda y su incertidumbre, los golpes de su novio, el insomnio del alquiler, la toxicidad de su comida y el cemento que la devoraba hasta que la vio por televisión en un *reality show*.

CÁLCULO

Pasó su vida tratando de averiguar el número de escalones que tenía el camino al Infierno. Estudioso de todos los textos cabalísticos, e incluso de volúmenes heréticos, estableció combinaciones de todo tipo, relacionó Teología y Astrología y llegó a consultar a ingenieros y a arquitectos.

Sus teorías apuntaban a un número regido por cifras impares, y durante varios años estuvo convencido de que la cantidad de escalones era igual a los días que habría vivido Cristo si hubiera aceptado la tentación del Diablo en el desierto.

Sin embargo, desolado, incapaz de encontrar una solución, pasó a esperar su muerte con ansiedad. Su consciente y planificada vida pecaminosa le iba a asegurar un conocimiento empírico del asunto. Sin embargo, para su desesperación, cuando ya se agudizaba su enfermedad, la Iglesia resolvió que el Infierno era una mera metáfora, y que no existía.

Realmente, para él no podían haber ideado mejor tortura eterna.

LA ENFERMEDAD

Se han ido apagando todos mis sentidos. La muerte me cerca y esta lenta degradación me roe la cordura y la paciencia.

Primero perdí la vista. Morosamente, se me acorchó la piel y dejé de percibir mediante el tacto. Luego, quedé completamente sorda, y no mucho más tarde dejé de oler.

Ahora sólo me queda el gusto.

Déjame, amor, por lo menos que pueda morir recordando el sabor de tu carne.

EL POSTE

De imponente pino lo redujeron a mero poste telefónico.

La nostalgia lo abatía, pero, como venganza, se dedicó inflexiblemente a cruzar y a distorsionar las conversaciones que circulaban por los cables que pendían de él. Cundió su ejemplo, y cientos de postes, antaño abedules, robles o chopos, comenzaron a practicar ese sabotaje.

Los habitantes de la región, extenuados por los malentendidos, han empezado a utilizar palomas mensajeras para sus comunicaciones. Ágiles y bien entrenadas, han vuelto a permitir la comunicación entre los valles.

Sin embargo, en las últimas semanas se han desorientado en varias ocasiones, y están sufriendo numerosos retrasos, y algunas noticias no llegan a tiempo. Creemos que lo que ocurre es que se detienen a descansar con demasiada parsimonia sobre el tendido telegráfico.

EL VIAJERO

Aburrido de permanecer siempre en la misma novela insulsa de amor y lujo, el personaje decidió traspasar las tapas del volumen y saltar al libro adyacente en la estantería de la biblioteca.

Aterrizó en un relato de espías, y, tras recorrer sus páginas, convenció al malo malísimo (harto de ser eternamente perseguido) para que le acompañara en su viaje. Continuó explorando libros, desplazándose de ejemplar en ejemplar, alterando las historias, sumando nuevos compañeros de aventuras (la princesa encerrada en el torreón se quedó en una obra de Gioconda Belli, los personajes kafkianos se embarcaron en una *space-opera*, el Minotauro en una novela de Verne), recorriendo sin descanso los estantes.

A día de hoy, los bibliotecarios prosiguen leyendo y releyendo los volúmenes, tratando de dar con ellos. Los lectores, por su parte, acuden cada semana al centro con una inédita alegría, con un extrovertido nerviosismo. Están emocionados al no encontrar nunca un libro igual.

*Para las/os compañeras/os de las Bibliotecas Municipales
de Vallecas Villa, La Chata y Chamartín*

LA LADRONA

La noticia asaltó a la ciudadanía. Se había entregado a la policía una peculiar mujer que, noche tras noche, asaltaba los sueños de las personas próximas, capturando sus imágenes, sus historias, deleitándose con esos mundos ajenos.

Llevaba años durmiendo en albergues, invadiendo las cabezas de sus compañeros mendigos, pero, a pesar de las quejas, nadie los tomó en serio.

Todo se descubrió tras introducirse en los pliegues oníricos de un importante banquero, cuando acudió a tratamiento psicológico para tratar de borrar las espantosas fabulaciones que había contemplado.

EL NÁUFRAGO

La marea empotró contra la costa espesas esferas de petróleo y a un viejo náufrago que había pasado décadas viviendo en alta mar. Contó que había aprendido el lenguaje de los peces, y que convivió con ellos mientras recorría los océanos sobre el dorso de las ballenas.

El náufrago relataba sus aventuras casi con desinterés, como quien enumera la lista de la compra. De este modo, explicó que hubo temporadas en las que persiguieron al Sol en su ocaso, postponiéndolo indefinidamente, en un día inagotable. También reveló que había comprobado cómo el mar guarda constelaciones de estrellas secretas entre sus olas.

Rápidamente, los medios de información y cientos de blogs comenzaron campañas en su contra o a su favor, sosteniendo la idea de que todo consistía en un montaje o bien que se trataba de un auténtico profeta de una nueva era de armonía con la naturaleza.

Sin embargo, transcurrido no mucho tiempo de su llegada, una noche, mientras la luna llena se apagaba sobre las aguas, el anciano se tendió en la playa y permaneció inmóvil. Por la mañana, trataron de reanimarlo, con cubos de agua, con melodías de sirenas, pero no se logró nada. Era un náufrago varado en nuestra playa cercada y de bandera azul.

EL BÚNKER

Habían construido un búnker en su casa. Blindaron las ventanas, reforzaron las paredes, tapiaron las puertas. Se sentían protegidos contra la guerra atómica, los huracanes, las hordas de hambrientos, las epidemias. Pero no contra sí mismos. Así que cuando se encerraron, tras una de tantas alertas fantasma promovidas con entusiasmo por la televisión, tuvieron todo el tiempo y el silencio del mundo para devorarse.

LA COMPOSITORA

Componía melodías de sueños, y las cedía a cambio de escuchar las pesadillas de los transeúntes, que eran la materia prima de su música. Y es que las angustias de cada persona resultan el material que más fácilmente puede ser retorcido para convertirse en deseo.

PRIMERO DE MAYO

Aquel primero de mayo, los obreros se levantaron del cementerio, vistieron sus mejores y más putrefactas galas y devolvieron infartos por accidentes laborales a los poderosos.

RATAS

En la limpieza anual, comprobó horrorizado que las ratas del desván habían pasado de dejar inocuos excrementos a devorar los libros antiguos que tenía almacenados; novelas, tratados, versos y enciclopedias. Después de descargar su ira contra la pared, el hombre, fiel creyente de las bondades de la cadena alimenticia, regresó al desván armado de cepos y queso duro. Abajo, puso en un caldero a hervir patatas.

REGRESO

El grupo de hombres de batas azuladas lo recibieron con gran alboroto a su regreso. Lo acompañaron hasta su habitación y le presentaron a su nuevo compañero de cama. Compartieron sus bandejas de comida, le ofrecieron lo que alguno había escamoteado de la cocina en su bolsillo y, entre palmadas, exclamaron: «Vaya, así que por fin estás otra vez curado».

EL CUADRO

El cuadro oscilaba constantemente. Con un ligero barboteo, las figuras cambiaban de sitio, mezclaban colores e invertían la perspectiva. Las narraciones creaban insólitas composiciones, objetos irracionales y continuos desafíos cromáticos. Hasta que, un día, un tigre bicéfalo saltó de las sombras que lo habían amamantado para tragarse, de un sólo bocado, al telespectador.

SALVACIÓN

Alerta, saltó en el último momento, tensando su cuerpo al máximo, superando sus límites. Se aferró con fuerza y suspiró aliviada cuando vio los últimos estertores del perro desde la espesa barba del veterinario.

JUEGOS

Mis hijos acaban de salir al jardín, a jugar con Luis, un pobre divorciado que vive detrás de nosotros. Luis es un poco extraño, pero todos tenemos nuestras peculiaridades. Es un buen tipo, y le gustan los niños.

Un momento, ¡oigo una motosierra!

¡Pero Luis es manco!

NERVIOSISMO

Nervioso, comenzó a morder con fruición las uñas de la mano. Como no mermó su inquietud, continuó con los pellejos de los dedos. Siguió devorando las falanges, y también la palma. Después, bajó a las muñecas y los antebrazos, y se detuvo cuando llegó a los hombros. Empezó entonces a mordisquear los pies, las piernas, los muslos, y, lentamente, sin prisa y sin pausa, prosiguió con el resto del cuerpo.

Entretenida, la vida de este gusano.

PRESTA ATENCIÓN

De nuevo, otra mañana más, la píldora se me ha caído en el fregadero del baño y se ha colado por el sumidero. Soy incapaz, día tras día, de atinar, todavía con las legañas en los ojos, y coger la pequeña pastillita del diminuto envase que la contiene. Yo no sé cuántas se han podido caer ya.

Ayer, mi esposo me dijo despreocupado que debíamos de tener topos en el jardín, pues todo el césped y los rosales estaban sarpullidos de montículos y hoyos. Sin embargo, ¿qué topo se alimenta de pregabilina?

A PEDRADAS

—Pájaro bueno —canturreaba—, pájaro bueno.
Y le acariciaba la cabeza con cuidado, justo donde había impactado la piedra que le había lanzado minutos antes.
—Pájaro bueno —canturreaba, mientras cargaba de nuevo la honda.
Nadie se atrevía a cruzar el paso a nivel esos días.

POSGUERRA

Cuidaba al cuco del reloj del salón con mimo. Conseguía el mejor alpiste para él, le llevaba agua fresca de la fuente y limpiaba su cajita delicadamente. Sin embargo, el hambre acuciaba, y un día no tuvo más remedio que echarlo a hervir al puchero.

VENGANZA

De noche, los libros decidieron cambiarse de sitio, alterar el orden alfabético y corromper las secciones de la biblioteca. Era su venganza por aquel televisor que habían colocado los empleados.

LA ESCALERA

El tiempo se deslizaba por aquella escalera de entrada a la gruta. Cada vez que el anciano, el tío Mateo, descendía por ella, según observaban los muchachos, regresaba con el aliento más fatigado, con nuevas arrugas en las manos, con la espalda más encorvada. Los escalones se perdían en la negrura de la bodeguilla como la luz se sumerge y muere en las aguas durante el ocaso. Nadie sabía a dónde conducía. Nadie se atrevía a desafiarla.

Una vez, cuando el tío Mateo ya caminaba con un tosco bastón de cerezo, un extraño dolor de cabeza atenazó a los niños que lo espiaban. Mientras tanto, el anciano comenzó a bajar con paso extenuado, entre grandes resoplidos, hasta que desapareció. La punzante cefalea insistía como una niebla sobre los chicos mientras comprobaban inmóviles cómo vencía la tarde y el tío Mateo no regresaba.

Sólo uno de ellos, en un momento de relampagueante anestesia, pudo contemplar cómo un joven gorrión emergió fresco de la negrura de la escalera y voló alegre hacia el horizonte.

Sin más noticias, la cuevecilla se tapió. A pesar de ello, los muchachos todavía continúan espiando su entrada, sin saber discernir aún con certeza cuál es el verdadero cuerpo del tío Mateo.

CRIMATURAS

Asoman sus boquitas por la grieta. Puedo adivinar sus pequeños colmillos, agolpándose como un rosal por la pequeña fisura. Por las noches incluso creo oír sus gemidos, que muerden el aire pidiendo alimento. Yo introduzco un poco de puré, o hago una pasta con verduras guisadas, y la meto poco a poco empujándola con mis dedos entre los filamentos.

Temo que se queden encerrados y que mueran allí dentro aislados. Así que con un minúsculo bisturí comienzo a rajar los puntos de sutura y dejo que mi herida vuelva a abrirse, como una lengua de lava, para que puedan respirar libremente.

AMOR

Abrazada a la espalda de su amante, en la noche cómplice, en la seguridad de su cama conquistada, al intentar acompasar su respiración con la de él, escuchó un perturbador estertor. En ese momento, horrorizada, se dio cuenta de que él era, en realidad, un androide. Espantada, intentó apartarse, pero le resultó imposible: uno de sus cables se había quedado atrapado bajo aquel cuerpo tan blando.

LA TAXIDERMISTA

Atenta y cortés, le gustaba añadir un toque especial a los tés de sus invitados. A continuación, mientras dormían plácidamente, ella ponía en práctica sus refinados conocimientos de taxidermia. El desafío residía en alterar los cuerpos sin que los tertulianos se dieran cuenta del cambio, salvo por las súbitas mejoras que apreciaban en sus vidas.

Unos dejaban de padecer asma, otros abandonaban su artrosis o sus problemas de estómago, e incluso había quien afirmaba que ya no tenía necesidad de respirar. Sólo cosechó un fracaso en toda su trayectoria: aquel odioso psicólogo al que trató de embalsamar el cráneo y que, en un singular revés, consiguió hacerle creer a ella que era tan sólo una aturdida niña jugando con sus muñecos.

Pero él continúa sin saber por qué ya no sufre jaquecas.

RESOLUCIÓN

El debate fue tan intenso, con largas argumentaciones a favor y en contra, que se gastaron todas las palabras. Por eso, después de aceptar la convivencia con el ser humano, extenuados, los perros comenzaron a ladrar.

MOLESTIAS

—No me gusta ese ruido —me señala.

Estamos tumbados en la oscuridad. Nuestros cuerpos desnudos casi se rozan, y quizá el deseo pueda reblandecer la escarcha de silencio tan absoluto que nos rodea. Tengo la piel helada, pero sé que dentro algo inagotable enciende nuestras venas.

—No me gusta ese zumbido —insiste.

—Cariño, es la única manera de que podamos conservarnos tan hermosos siempre —respondo.

ARMARIOS

Nunca te fíes de lo que guarda una persona en su armario. Hay gente que colecciona objetos extraños, imágenes prohibidas, ropas perversas, tesoros inconfesables. Otros son portales dimensionales, o habitáculos para monstruos de pesadilla. Pero yo en mi armario conservo idiomas. Adoro los diccionarios.

Así, en cada estante conservo los cientos de maldiciones, insultos y expresiones de pánico que profirieron los extranjeros justo antes de rebanarles la lengua para añadirla a mi colección.

NIEVA

Cuando nieva me convierto en la persona más feliz del mundo. Me desborda la ilusión cuando contemplo toda la sierra cubierta de blanco.

No hay nada como la nieve para enterrar los cadáveres y despistar a la policía. Es tan excitante saber que son descubiertos días después, con el deshielo, cuando ya se está en el extranjero, lejos de todo el bullicio y el desconcierto.

Pero yo prefiero sepultarlos vivos.

COMPETENCIA

Los zombis arrasaron aquel poblado de reductores de cabezas, no fuera a ser que peligrase su dieta.

ESTUDIOS

Nadie podía creer que la joven investigadora hubiera sido capaz de reproducir el aleteo de los pegasos. Lo lograba al atardecer, cuando la penumbra refleja el pálido destello de las estrellas y se mantiene en el aire la breve fosforescencia de lo maravilloso.

Congregaba a los curiosos en los acantilados, pues, según contaba, la marea servía para hacer audible esa mágica frecuencia. Así, durante varias horas el sonido planeaba por la zona, absorbiendo la atención de la audiencia, embelesándola y proporcionándola un cálido bienestar.

Pero, ante la incapacidad de diversas empresas de poder empaquetar y vender el producto, denunciaron y encarcelaron a la joven por competencia desleal.

NARCISISTA

Frente al pelotón de fusilamiento, de lo único que se lamentó fue de que su fantasma portaría unos feos agujeros en el pecho.

MATERIAS PRIMAS

Todo el mundo bromea inquieto, mientras cena en un restaurante chino, con la procedencia de la comida, la ausencia de ancianos de esa nacionalidad, la sobreabundancia del empanado o la excesiva presencia de pringosas salsas en su menú.

Otros cuentan entonces las viejas historias sobre el origen de los dulces de las monjas de clausura, enlazando mitos de niños perdidos en oscuros orfanatos de religiosas con el peculiar sabor de su repostería.

Me resulta excelente que hablen de esas cosas. Mientras especulan con ello, nadie se detiene a preguntarse qué hace posible que, en la Eucaristía, continúe teniendo sentido el cuerpo y la sangre de Cristo.

TRANSFORMACIÓN

Para los niños que zascandileaban entre las ruinas de las casas y los carros de combate, y que encontraban desafortunadamente alguna bomba enterrada aún activa, el Hospital podía convertirse en una auténtica puerta a otra dimensión. Si lograban salir de allí con una prótesis (un brazo artificial o una pierna de aluminio donada por la misma empresa que inició los bombardeos), se convertían en superdotados; en verdaderos superhéroes. Se veían capaces entonces de realizar hazañas increíbles, como jugar al balón, correr o incluso escalar y sonreír al mismo tiempo.

SENSACIONES

Lo peor no fue encontrarse una noche cerrada mientras paseaba por el parque con su abuela, con su padre, con su madre o con el hermano gemelo que nunca llegó a salir del vientre. Lo peor fue no sentir que le faltaba media cabeza y un brazo.

TACONEO

El taconeo era el ritmo que dirigía sus días. Desde media mañana hasta entrada la noche, el sonido en el techo pautaba sus rutinas. Él, de este modo, se levantaba, almorzaba, limpiaba y veía la televisión junto a la vecina de arriba, mientras ella se desplazaba por las habitaciones sin descanso.

Nunca se detuvo.

No se acalló cuando se desarticuló el negocio ilegal de médium y otras triquiñuelas que había montado su vecina. Tampoco cuando se mudó. Ni siquiera la medicación del hospital lo consiguió.

PIELES

Después de devorar la carne de los humanos, extraen su piel, la estiran frotándola sobre grandes rocas y la dejan secar al sol, tras untarla con aceite para hacerla más flexible.

Pasados unos días, ya pueden utilizarlas, vestirse con ellas y continuar haciéndose pasar por amables charcuteros en los mercados de la región.

REENCUENTRO

Qué descanso volver a acoger tus dedos en mi mano, perder mi nariz entre tu melena, acariciar el arco de tus hombros. Cómo se ahuyentan mis inseguridades, mi indecisión, mi nula confianza en la fuerza de mis latidos al rozar tu espalda. Siento, de nuevo, cómo se enfría mi cuerpo junto a tu pecho.

Por fin nos hemos podido reencontrar.

He sufrido mucho para ello, pero ha merecido la pena.

Qué acierto ha sido pedir que me enterraran contigo.

PALABRAS

Después de la tormenta, los barrenderos limpiaron el agua almacenada en las aceras; los charcos donde se agolpaban arrugadas las miles de palabras caídas, mientras llovía, de los paseantes, de las farolas, de las ventanas. Las arrastraron restregando el suelo con fuerza con sus grandes cepillos hasta las alcantarillas, mecánicamente, para no dejar ningún rastro. Por eso la ciudad se sumió en una nube de melancolía los días siguientes, porque se quedó sin saber qué decir al respecto.

HUECOS

En cada hueco de la vieja pared de piedra de la bodega, la niña encontraba nuevas dimensiones por las que deslizarse. Cada espacio se convertía en un nuevo universo que se abría, no sólo al oscuro vacío que rodeaba la estancia, sino en su propia mirada. Ella se pasaba horas delante de cada vano, con los ojos fijos y encendidos, imaginando historias que transcurrían en cada uno de esos agujeros. A veces, prefería, inquieta, combinar esos mundos introduciendo las manos en varios al mismo tiempo que contemplaba otro distinto. Decía que así los personajes podían saltar de una dimensión a otra, y sus aventuras se multiplicaban en juegos de espejos. En otras ocasiones, a la niña le gustaba pensar que podría vivir dentro de esos espectaculares universos, y que no estaría mal pasar allí las vacaciones, en vez de en ese árido pueblo de la meseta.

Sin embargo, con el paso de los años, los huecos fueron menguando, y su pupila pasó a descubrir los matices de un mundo mucho más tangible, pero infinitamente más triste. Lentamente, aquellas puertas se cerraron para ella, y la antigua bodega fue perdiendo visitas hasta ser abandonada por completo.

Ella nunca pudo satisfacer la curiosidad de tantos seres que esperaban poder hablar por fin con un humano al otro lado del muro.

Para Alicia Eximeno









